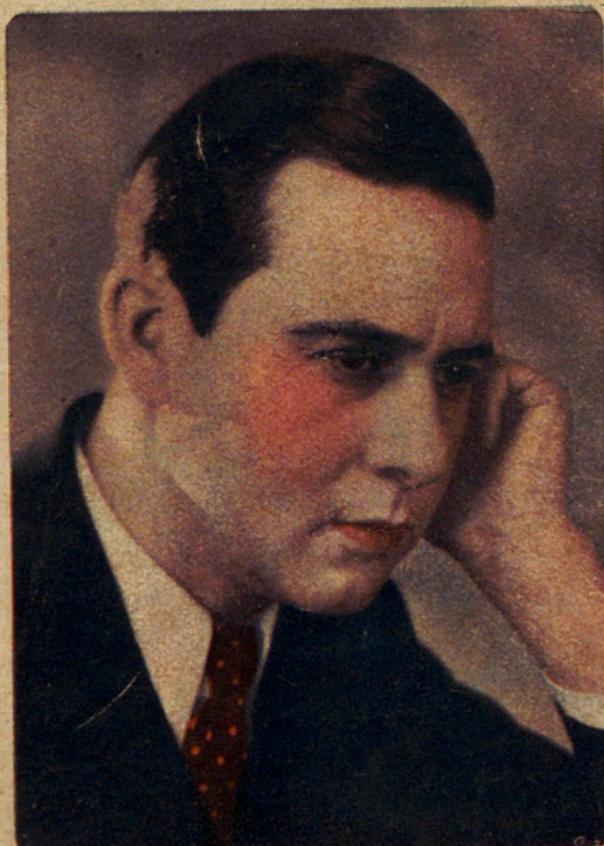




La Novela Americana Cinematografica



Núm. 17

30 cts. Un hombre apocado

por
Ben Lyon

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

NÚM. 17

Un hombre apocado

Comedia de intriga y amor

Interpretada por

Dorothy Revier, Ben Lyon, Fred Kohler, etc.

Es una producción **COLUMBIA**

Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Lda.

Aragón, 249 - Barcelona

Aldamar, 7 y 9 - San Sebastián

Postal-regalo: **ADOLPHE MENJOU**

Ediciones **BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Un hombre apocado

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

En las caballerizas de Thomson reinaba gran animación.

Faltaba una semana para las carreras y había que tener listos los caballos.

El viejo Ramón, muy inteligente en la materia, y que por tal motivo tenía la confianza absoluta de Thomson, iba de un lado a otro sin cesar, dando órdenes a los mozos, reconociendo a los caballos y comprobando si les daban la comida y el agua en la medida conveniente.

Juan Thomson entró en las cuadras. Era un hombre de terrible apariencia, recio y musculoso. Tenía todo el aspecto de un matón.

Se dirigió al departamento que le interesaba, aquel sobre cuya puerta se leía:

“ZORAHIDA”

Ramón, al verlo entrar, corrió también hacia el cuarto de Zorahida.

—¡Qué! ¿Cómo va vuestra heroína?

—No va muy bien, señor Thomson, no va muy bien. Seguramente no podrá tomar parte en las carreras del domingo.

—Es nuestro mejor caballo. Si no corre estamos perdidos.

—Es un mal misterioso. Jamás me he encontrado ante un caso así.

—Yo he visto a la yegua y me parece saber lo que tiene. El mal es de corazón. Con tintura digital se pondría bien.

El señor Thomson y Ramón se volvieron. El que así había hablado era el mozo que les llevaba la paja. Lo veían semanalmente, cuando llegaba conduciendo el carro, y sólo sabían de él que se llamaba Luis.

Ramón sentía gran compasión hacia aquel muchacho tan joven y tan triste.

Thomson no era compasivo con nadie, pero le interesó lo que el joven había dicho.

—¿Acaso sería usted capaz de curarlo? —le preguntó.

—Me parece que sí.

—Pues quédese aquí y haga con el caballo lo que le parezca.

Thomson, además del negocio de caballos, tenía otro que le producía tanto o más que aquél: un café cerca del hipódromo.

El café tenía una atracción de fuerza: la artista Norma.

Era rubia y poseía unos magníficos ojos azules. Sus labios estaban siempre rojos y húmedos. Como tipo, era una escultura.



Pero he aquí que Norma se mostraba muy distinta a las demás.

Thomson no era hombre que se dejara fascinar por las mujeres. Tenía cuantas quería.

Pero he aquí que Norma se mostraba muy distinta a las demás.

Bien es verdad que Norma era mucho más hermosa que las demás, y esto, unido al hecho de haberle rechazado, la presen-

taba a sus ojos como mujer realmente codiciable.

—¿Cuándo se va usted a compadecer de mí?—le decía continuamente.

—Cuando me demuestre usted que me quiere de veras.

II

Hallábanse Norma y Thomson sentados a una mesa del café cuando llegaron Ramón y Luis.

Se acercaron al amo y dijo el viejo Ramón:

—El caballo está mejor, señor Thomson, y seguramente podrá tomar parte en la carrera.

La noticia alegró mucho al dueño del café, el cual, deseando demostrar su gratitud al joven, le espetó la siguiente grosería:

—Por lo visto, te has pasado la vida entre animales. Sólo así puedes conocerlos tan bien.

—En efecto—repuso el joven con fría humildad—, conozco muy bien a los caballos.

Y se retiró con Ramón al mostrador, donde se hicieron servir unas copas.

Luis apuró de un trago la suya y se la hizo llenar de nuevo.

—¿Por qué bebes tanto? — le preguntó Ramón.

—Algo ha de hacer ... en la vida.

A la fuerte luz del café el aspecto de Luis era realmente lamentable.

Su barba sin afeitar le hacía más pálido aún de lo que en realidad era. Sus ropa-estaban viejas y sucias. Parecía un mendigo.

—¿Quién es ese muchacho? — preguntó Norma, que no había cesado de contemplarlo con curiosidad.

—Un perdido que se metió por mi puer-
ta y me ha curado a Zorahida, mi mejor caballo.

—En la vida de ese hombre debe haber algo grave.

—Hambre, que es lo más grave que existe.

Y Thomson lanzó una carcajada que, más que tal, parecía un insulto.

Luis, en aquel momento, contemplaba algo que le había llamado poderosamente la atención.

El pianista acababa de dejar el piano, después de haber interpretado en él un atropellado vals.

Luis, como fascinado, se dirigió a la pla-
taforma, acarició el piano, se sentó ante él y comenzó a tocar.

Un cliente dijo al pianista:

—Oiga usted su piano. No parece el mismo.

El pianista se dirigió lentamente hacia el estrado.

—¿Quién le ha dado a usted permiso pa-
ra tocar? — le preguntó en tono de ame-
naza.

Y como viera que el joven, azorado y temeroso, dejaba de tocar, se atrevió a cogérlo de un brazo y a levantarla de la ban-
queta.

Tampoco ahora protestó y el pianista aprovechando aquella ocasión de lucimiento que se le presentaba, le dió un puñetazo,



*Thomson lo levantó e hizo que lo condu-
jeran a una de sus habitaciones.*

a consecuencia del cual fué el joven ro-
dando por el suelo.

Todo el mundo se levantó y acudió a so-
correr al caído, incluso Norma, la cual ex-
clamó al ver que Luis no se aprestaba a la
defensa:

—Parece mentira que un hombre se deje avasallar así.

Pero Luis, en vez de defenderse, sólo se preocupó de limpiarse con la manga la sangre de la boca.

Thomson lo levantó e hizo que lo condujeran a una de sus habitaciones, donde el herido, después de curado, debía quedarse a pasar la noche.

A la mañana siguiente, cuando el viejo Ramón fué a despertale y estaba hablando con él, se presentó Norma.

—¿Qué tal?

—Bien, muchas gracias — repuso Luis, contemplando con indiferencia a la recién llegada.

Ella procuró tratar conversación con él.

—En esta habitación ventila Thomson sus cuestiones privadas... sus *negocios*. ¿Le gusta?

Luis se encogió de hombros.

Norma, presa de extraño nerviosismo, dijo imperativamente a Ramón:

—Dele usted una taza de café puro, a ver si se reanima... y dele también una navaja y jabón para que se afeite; de lo contrario, no sabremos nunca la cara que tiene.

III

El día de las carreras sucedió lo que nadie esperaba. Zorahida, el caballo que hacía siete días estaba enfermo de gravedad,

tuvo una magnífica salida y se mostró dispuesto a mantener la ventaja durante toda la carrera.

Thomson, en su palco, permaneció en pie desde el principio hasta el fin de la prueba y no cesaba de animar a Zorahida con gritos.

Detrás, también emocionada y entusiasmada, estaba Norma.

Fué un éxito. Zorahida llegó a la meta con varios metros de ventaja sobre el colocado.

Buscaron por el hipódromo a Luis para felicitarle, pero no lo vieron y decidieron dirigirse a las cuadras. Allí lo encontraron con Ramón.

—¡Hola, "doctor"! —exclamó Thomson con brutal alegría—. A ti te debo este triunfo. Me has dejado el caballo como nuevo. Te quedarás para siempre a mi lado. Y ten en cuenta que estar a mi lado es ser algo en la vida. Por de pronto, esta noche ven al café y celebrarás con nosotros el triunfo de Zorahida.

Las fiestas en el café de Thomson consistían siempre en lo mismo: alcohol, alcohol y alcohol.

A la media hora de comenzar el baile ya estaba Thomson para que le pusieran un puntal.

Hubo de sentarse, llevándose consigo a

Norma, a la que sentó sobre sus rodillas.

En este momento entró Luis con Ramón y ambos se detuvieron a saludar a sus amos.

—¡Hola, veterinario! Pide lo que quieras, que todo es gratis—dijo Thomson con voz poco segura.

Norma, al ver a Luis, y sin saber a ciencia cierta por qué, intentó levantarse de las rodillas de Thomson, pero éste se lo impidió.

—¿Crees, acaso, que no tengo fuerzas para sostenerme? Pues para que veas que todavía tengo las piernas firmes, vamos a bailar.

Y condujo a Norma al centro del salón, donde, efectivamente, demostró que todavía conservaba el sentido del ritmo.

Sólo una vez perdieron sus piernas la firmeza sustentadora y entonces echó las culpas al pianista.

—¡No se puede bailar al son de lo que toca ese murguista!

Después exclamó, obedeciendo a una súbita idea:

—Pero si tenemos aquí al mejor pianista del mundo!

Y añadió, dirigiéndose a Luis:

—¡Anda, doctor! Dale un poco a los dedos.

Hizo levantar al pianista, el cual hubiera dado cualquier cosa por no depender de Thomson en aquel momento, y Luis ocupó su puesto.

Pero no se supeditó el joven al capricho del amo. Tocaría, pero no un bailable, si no lo que le viniera en gana.

Y comenzó a dejar oír las notas de "La Bohème".

Pronto se dió cuenta Thomson de que tampoco con aquella música se podía bailar.

—¡Pero maestro! Eso es una marcha fúnebre!

No le hizo caso Luis. Siguió tocando tranquilamente.

Thomson resolvió dejarlo en paz, pues era lo cierto que aquella música agradaba a la concurrencia.

Norma se fué acercando poco a poco al piano. Aquella música le sugería dulces ideas y recuerdos.

Permaneció un instante escuchando como fascinada. Despues, llevada de un íntimo impulso, comenzó a cantar.

Por un momento, los ojos y el corazón de la concurrencia estuvieron fijos en la pareja. La figura del músico había adquirido un extraño realce; la de Norma era también más bella y magnífica.

Cuando concluyeron, Norma se acercó a Luis para felicitarle.

—Ha tocado usted con mucho sentimiento.

Y entonces Luis respondió:

—También usted ha cantado con el corazón.

Era la primera vez que tenía para ella una frase amable. Había descubierto en el alma de Norma algo que no esperaba encontrar. No era la mujer envilecida que él sospechaba. Era una mujer que en aquel café, con aquel hombre, en aquella vida, estaba fuera de su centro.

—Yo también sé tocar un poco—dijo ella—. Si le parece, tocaremos a cuatro manos.

Y comenzaron a tocar.

Thomson estaba orgulloso de tener una amante y un siervo tan artistas. Con una de sus frecuentes risotadas se acercó al pianista del café y le dijo:

—Eso es tocar el piano y no lo que haces tú.

—Yo no sabré tocar el piano—repuso el pianista—. Pero tú estás tocando el violón.

Y señalaba a la pareja, que estaba sentada al piano demasiado estrechamente para poder tocar con desahogo.

El alma, oscura y perturbada por el alcohol, de Thomson, no acertó a comprender aquella frase, pero era lo cierto que tenía mucho de verdad y de evidencia: comenzaba a ser burlado por aquellos dos seres, hermanos de clase, que se habían encontrado en el naufragio de una sociedad encanallada.

IV

—Parece usted otro hombre. ¡Qué diferencia de como es ahora a como era el primer día que le vi!

Realmente, estaba Luis muy cambiado. Había podido comprarse ropa y había recobrado su amor al aseo y al cuidado de su persona. Ahora se veía claramente que era un hombre distinguido y no un mísero haragán, como parecía antes.

Estaban en la grandiosidad de uno de esos parques norteamericanos que, más que tales, parecen selvas porque en ellos se conserva la naturaleza en su estado auténtico, sin que la mano del hombre intervenga más que para cuidarla.

Como desde hacía algunas tardes, pasaban entre laberintos de troncos y bandadas de palomas. Desde la noche en que Luis descubrió a la verdadera Norma buscaban todas las ocasiones propicias para estar solos.

Habían llegado a un calvero del parque, a orillas de un lago, y desde un banco de piedra contemplaban la maravilla de aquel cuadro agreste.

De pronto, Norma había dicho:

—Parece usted otro hombre. ¡Qué diferencia de como es ahora a como era el primer día que le vi!

Y después añadió:

—¿Cómo vino usted a parar aquí de aquel modo?

El semblante de Luis se entristeció súbitamente.

—Es una historia muy larga de contar... una historia muy triste que luchó en vano por desterrar de mi memoria.

—Cuéntela usted. Le escucharé respetuosamente y le guardaré el secreto si así lo desea.

Luis no vaciló.

—Se la voy a contar. Quiero darle esta prueba de confianza.

Se concentró un momento en sí mismo y comenzó:

—Yo estudié medicina y realicé la primera operación acompañado de mi padre, que era... es decir, que es un gran cirujano... Le aseguro a usted que al principio estaba muy nervioso. Tenía ante mí al enfermo. Las enfermeras y los instrumentos me rodeaban. Era una operación delicadísima.

“Pero llegó mi padre y mi estado de ánimo cambió en seguida. Me animé. Sentí el pulso seguro. Yo fuí el primero en coger los instrumentos y, sin preguntar nada, sin esperar las órdenes de mi padre, introduje el bisturí en la carne y corté. Mi padre no despegó los labios. Pero yo percibía su mirada de aprobación a través de la careta.

“Fué una operación magnífica. El enfermo la resistió perfectamente.

—Muy bien—dijo mi padre cuando todo estuvo listo—. Esta operación te acrediita de excelente cirujano.

—Gracias a ti, padre—contesté—. Tu presencia me ha dado ánimos.

—No. Gracias a tu habilidad y a tu talento. Es necesario tener confianza en sí mismo.

“Muy satisfecho, pues el que tales alabanzas me había dirigido no acostumbraba prodigarlas, y ya le he dicho a usted que es uno de los mejores cirujanos que existen, comenzaba a quitarme los guantes, cuando entró mi madre, que también deseaba conocer el resultado de la operación.

—¿Qué?—preguntó más con los ojos que con las palabras.

—Todo ha ido bien, mamá.

—¡Ven a mis brazos, hijo mío!

“Y me abrazó, llena de orgullo, más orgullosa de mí que yo mismo.

“En seguida añadió unas palabras, que constituían para ella casi una idea fija.

—Anda, date prisa. Le prometimos a Margarita estar en casa a las siete. Debes ir pensando en casarte. Un doctor soltero no inspira confianza a nadie. ¿Acaso no te gusta tu prima Margarita?

—Sí, mamá. ¿Por qué no?—contesté para no disgustarla.

“Pero era lo cierto que mi prima Marga-

rita no me había inspirado jamás la menor emoción.

"Me vestí apresuradamente y salí en compañía de mi madre en mi auto de dos asientos.

"—El caso es, mamá—dije cuando íbamos en el auto—que no tengo gran confianza en mis condiciones de cirujano. Para ser un buen cirujano hace falta tener el corazón tan firme como pulso y, la verdad, mi corazón no me ha dado una sola prueba de rigidez.

"—¡Bah! No hay que hacer conjeturas. Los hechos demuestran lo contrario.

"—Es que la profesión de médico es demasiado delicada para que se la aprecie con ligereza. Muere un paciente y uno no puede menos de pensar: ¿lo habré matado yo?... El primer gran fracaso que tenga determinará mi retiro. No quiero remordimientos de conciencia. Me dedicaré a la música o a otra profesión cualquiera. Todo menos poder acostarme con el remordimiento de haber contribuído a la muerte de una persona.

"Recuerdo perfectamente que mi madre rió de lo que ella llamaba aprensiones mías, volviendo al punto a hablarme de lo que a ella le interesaba: de mi boda con Margarita.

"—¡Qué prisa tienes por deshacerte de mí, mamá!—dije en broma.

"—¡Qué tonto eres!

"La casa de mi prima estaba separada de la capital por unos diez kilómetros de carretera, de modo que, yendo como iba, a una velocidad de sesenta por hora, ya estábamos a punto de llegar.

"Aun insistía mi madre en su punto de vista y yo le replicaba que cuando me demostrarían que mi novia era como ella yo me casaría, pero que, entretanto, no me decidiría por ninguna o me costaría mucho decidirme.

"Y como la viera tristecida, para consolarla pasé una mano por sus hombros, en tanto sujetaba con la otra el volante. Como esto no fuera suficiente, acerqué mi cabeza a la suya. De súbito oí un grito. Era mi madre, que me avisaba señalando hacia adelante. Miré y vi que un camión se había cruzado de pronto en el camino. Todo esto sucedió en menos de un segundo. El camión estaba allí mismo, a cuatro o cinco metros. Por pronto que quise frenar ya se había producido el choque. Me aturdí momentáneamente y, cuando volví en mí, vi a mi madre inmóvil en el suelo.

"Los hombres del camión la habían cogido ya en brazos y yo los guié a casa de mi prima, que estaba a cosa de un centenar de metros.

"Imagínese usted el sobresalto. Yo traté de ser enérgico, aunque en el fondo apenas podía mantenerme en pie y dí órdenes precisas. Que avisaran a mi padre por te-

léfono. Que acostaran a mi madre en una *chaise-longue*.

"Así lo hicieron.

"Con un afán jamás sentido, me incliné sobre el cuerpo exánime de mi madre y lo examiné. Había perdido en absoluto el conocimiento. De su vida sólo quedaba la respiración, débil y precipitada.

"Luché en vano por devolverle el conocimiento; y después, cuando me convencí de que no podía conseguirlo, por averiguar lo que tenía.

"También inútil. Veía una herida en la cabeza, de la que manaba sangre, pero nada más. Todos mis conocimientos parecían haberse esfumado en un segundo.

"Desesperado, pregunté a mi prima:

"—¿Qué ha dicho mi padre?

"—Que en seguida viene. Pero he llamado también al médico del pueblo, y ya está aquí.

"—¡Que entre! ¡Que entre!

"El médico la examinó, y dijo en seguida:

"—Hay que operarla inmediatamente.

"—Comience usted. Dentro de un cuarto de hora estará aquí mi padre.

"—Yo no puedo ni siquiera ayudar. Estas intervenciones en el cerebro las desconozco. Y el caso es que no se puede esperar. Cada segundo que pasa hace más grave el peligro. Me habían dicho que también usted era médico.

"—Y lo soy, pero...

"—Acaso no ha practicado usted ninguna operación cerebral?

"—Sí, señor. Mi primera experiencia ha sido una trepanación.

"—Entonces, ¿qué espera usted? Está en sus manos la vida de su madre.

"—Puesto que no hay otro remedio, la operaré... ¡y sea lo que Dios quiera!

"Mi prima ya tenía desinfectados y preparados los instrumentos. En un segundo me hallé con la barrena en la mano e inclinado sobre la cabeza de mi madre.

"—¿Para qué proseguir? ¿Para qué detallar aquellos infinitos y angustiosos momentos?

"Y el médico me dijo:

"—Serenidad, que usted no es un profano.

"Pero era lo cierto que iba perdiendo la facultad de sustentación, y que la vista se me iba nublando.

"—¡Y mi padre sin venir!

"Al fin, aquella niebla ante mis ojos, aquella flojedad en las piernas se impusieron a mi voluntad y me desvanecí.

"Me sacaron en brazos de la habitación donde estaba mi madre, y aun pude oír como decían a mi padre, que en aquel momento irrumpía en el vestíbulo:

"—Se ha desmayado.

"Cuando recobré el conocimiento me vi

reclinado en un sofá. Pensé, recordé. ¡Mi madre! ¿Qué habría sido de ella?

"Oí pasos y me volví. Eran mi padre y mi prima Margarita. Esta lo llevaba cogido del brazo. Algo espantoso me hizo presentir su actitud.

"En efecto; mi padre se encaró conmigo y me dijo:

"—La has abandonado cuando más te necesitaba. Ahora ya no volverá a necesitarte porque ha muerto.

V

—Allí acabó mi vida. Desde entonces no he sido hombre para nada. Comprenda usted lo que significará para un hijo el ser culpable de la muerte de su madre.

Luis ocultó el rostro entre sus manos.

—No tuve valor para volverme a presentar ante mi padre. Huí de casa. Vagué al azar. Comenzaron días angustiosos, hasta de hambre. Al fin, vine a parar aquí. ¿Comprende usted ahora mi cobardía? ¿Comprende por qué no soy hombre para nada?

—¡No, no lo comprendo!—repuso Norma enérgicamente—. Un hombre debe de ser hombre y luchar. Usted debe sobreponerse. No ha nacido para esta vida.

—No puedo, no puedo luchar. Me falta el motivo. ¿Acaso luchando lograré volver a la vida a mi madre?

—No piense usted en eso. Luchar, luchar siempre. Esta es la vida.

Luis sonrió amargamente.

—Entonces, ¿por qué no lucha usted? Tampoco usted ha nacido para esta vida y, sin embargo, está aquí... en ese café, con ese hombre...



—Tampoco usted ha nacido para esta vida y, sin embargo, está aquí.

Entró Thomson en el café.

—¿Dónde está Norma?

—Por ahí anda con el "doctor"—repuso el pianista—. Se pasan el día juntos.

—Cuando venga, decide que quiero hablar con ella.

Y se fué a sus habitaciones. Todos conocían que la expresión más terrible de aquel rostro era aquella que aparecía ahora en el semblante de Thomson.

Casi todos fueron poseídos de un sentimiento de temor. Sólo el pianista rió para sus adentros.

Cuando apareció la pareja en el café, en seguida fué el músico al encuentro de Norma, y le dijo:

—Thomson quiere hablar contigo. Te va a contar un cuento... y no creo sea de hadas precisamente.

Y aun añadió:

—Estás jugando con un hombre que paga sus deudas con plomo... y al decir plomo, no creas que me refiero a la moneda falsa.

Norma sonrió. La conversación que acababa de tener con Luis, le daba ánimos para todo.

Dijo a su amigo que se aguardara y subió a ver qué quería Thomson.

Luis esperó al pie de la escalera.

Cuando entró Norma en el cuarto de su amante, comprendió que la situación era difícil. Thomson la esperaba. Thomson la miraba con gesto feroz, aunque trataba de disimularlo con una sonrisa.

—¿Qué quieres?

—Soy yo el que va a preguntar. ¿Qué

pretendes? ¿Qué persigues con tus intimidaciones con ese pordiosero?

—Es un pobre muchacho para el que la vida ha sido muy ingrata.

—Más ingrata le va a ser si continúa por ese camino. ¿Lo oyes?

Y se acercó a Norma lentamente, la cogió con ambas manos por los brazos, y de tal modo se crisparon sus dedos, que en la piel blanca de Norma quedaron cinco huellas amoratadas.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Thomson sonrió ferozmente.

—No sabía que estuvieras tan interesada por ese vagabundo inútil.

Y la joven repuso, en un arranque de sinceridad:

—¿Y qué? ¿Qué sucedería si fuera así?

La sonrisa de Thomson se hizo más siniestra. Volvió a coger a Norma con sus crispadas manos y volvió a clavar los dedos en aquella piel suave y blanquísima.

—¿Que qué sucedería? Sólo te contestaré lo que tú ya sabes. A mí, el que me la hace me la paga... y me la paga a buen precio. No quiero hablar más. Vete.

Y la empujó hacia la puerta.

Cuando Norma salió, vió Luis en su rostro un reflejo de lo que sucedía. Algo grave, muy grave sin duda.

Corrió al encuentro de Norma.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho?

—Nada—se apresuró la joven a respon-

der—. No me ha dicho nada de particular.

—Estoy seguro de que algo grave ha sucedido entre ese hombre y usted.

—Realmente grave, nada. Celos: ya lo puede usted suponer. Tiene celos de usted y eso es todo.

Y añadió:

—Váyase de aquí. Márchese en seguida.

Y al decir esto, pensaba en las terribles amenazas que Thomson había profetido.

—¿Por qué he de marcharme? ¿Qué teme usted? ¿Qué le ha dicho Thomson?

—Nada, nada...

Pero Luis le miraba fijamente los brazos. Había descubierto las huellas de las brutales manos de Thomson.

—¿Lo ve usted como la ha maltratado?

Y sin esperar la respuesta de Norma, echó a correr escaleras arriba.

Llegó al cuarto de Thomson, entró. La puerta se cerró tras ellos.

Norma esperó al pie de la escalera, temerosa, sobresaltada.

Oyó golpes en el cuarto de Thomson. Se volvió hacia el pianista y los escasos clientes que ocupaban las mesas del café. Pero comprendió en seguida que ninguno tenía motivo ni valor para defender a Luis.

Ya iba a subir ella misma, cuando la puerta se abrió y apareció Thomson, llevando a rastras el cuerpo de Luis.

—¿No dices que le amas? Pues ahí lo tienes. Puedes marcharte con él.

Y lanzó a Luis escaleras abajo. En seguida volvió él a su aposento.

El cuerpo exánime de Luis rodó por las escaleras, y fué a caer a los pies de Norma. Esta acudió en su auxilio. Tenía el rostro ensangrentado.

—¡Luis, Luis! ¡Pobre Luis! ¡Cuánto te amo y cuánto sufriré por ti!

Había apoyado la ensangrentada cabeza en su pecho, y Luis abrió los ojos.

—Vete, Luis, vete. Yo me iré contigo. ¡Vámonos!

Luis volvió en sí.

—Déjame, Norma. Quiero morir o matar a ese canalla.

—No, no pienses más en él, no pienses más en esta vida. Vámonos. Alejémonos de este lugar maldito.

—¿Y tú vendrás conmigo?

—Sí, Luis, sí. Siempre a tu lado.

—¡Qué felicidad, Norma! Así, te obedezco.

—Ve a lavarte y a arreglarte, mientras yo preparo mis maletas.

—Espérame. En seguida vuelvo.

—No; es mejor que nos reunamos en el garage. Vete tú en seguida a preparar el auto. Dentro de cinco minutos estaré yo allí.

Así lo hicieron.

Cada cual se dirigió a su cuarto; él para

limpiarse la sangre del rostro y ella para arreglar sus maletas.

* * *

Thomson bajó al café.

El pianista le aguardaba para decirle:

—Tu amiguita ha tomado al pie de la letra eso de que se vaya con el forastero, y se han citado en el garage.

Entonces Thomson sonrió siniestramente.

—No te apures. El se irá, pero para no volver.

Y volvió a su cuarto.

En este momento llegó Ramón. Tenía que hablar con su amo respecto a los animales, y especialmente sobre Zorahida. Pero el pianista se apresuró a decirle:

—Me parece que llegas en mal momento. El amo no está ahora para hablar de nada.

Y Ramón se sentó a esperar.

Estaba arreglando Norma su maleta, cuando en el cuarto contiguo, que era el de Thomson, oyó un ruido que despertó sus sospechas y su curiosidad.

Thomson había abierto un cajón y extrajo de él un gran revólver "Smith", cuyo cilindro revisó.

Este fué el ruido que percibió Norma.

Dejó a medio arreglar sus maletas y se encaramó a una silla, para ver por el montante lo que pasaba.

Lo que vió la llenó de espanto. En la habitación contigua, Thomson, con un revólver en la mano, apuntaba a la calle desde la ventana, protegido por la cortina.

Allá abajo vió Norma la puertecilla del café, y ello le bastó para comprender lo que Thomson pretendía. Dentro de unos segundos saldría Luis por aquella puerta y entonces dispararía Thomson sobre él.

Aturdida, nerviosa, comprendió que había que tomar una resolución rápida y resueta, y bajó de la silla, revolvió en su maleta y volvió a su puesto de observación, con un revólver en la mano.

En aquel preciso momento, Luis atravesaba el umbral. Thomson apuntaba. Pero también apuntó Norma y dos disparos se produjeron simultáneamente. El de Thomson no fué certero, el de Norma dió de pleno en el cuerpo de su amante.

* * *

Norma se apresuró a restituir el revólver a la maleta y a volver a guardar ésta debajo de la cama.

Muy rápidamente hizo todo esto, pero no antes de que el pianista y sus amigos llegaran al cuarto de Thomson y fueran la puerta.

Al verlo tendido en el suelo y con un revólver en la mano, todos tuvieron el mismo pensamiento: "Se ha suicidado".

Norma, para disimular mejor, descendió al café y se echó a llorar sobre una mesa.

Luis acababa de entrar. Había oído un disparo, pero nada más sabía. Preguntó al mozo. Le dijo lo que sucedía. Y él, instintivamente, se sintió médico, y corrió hacia el cuarto del herido.

Pero algo le detuvo. Al pie de la escalera, de brúces y sobre un velador esta-



—¿Tanto le querías?

ba Norma llorando. Un súbito pensamiento, una repentina deducción, hizo al joven preguntar:

—¿Tanto le querías?

Levantó Norma la cabeza. Se puso en pie en una convulsión.

—Naturalmente que le quería.

—Me pareció oírte desear que estabas dispuesta a venirte conmigo.

Norma rió extrañamente.

—Eso lo hacía para dar celos a Thomson... Se ha matado porque creyó que iba a marcharme sin él. Usted tiene la culpa de todo. ¡Le odio!

Y otra vez ocultó la cabeza entre los brazos, para entregarse a sus desesperados sollozos.

Luis había quedado un momento indeciso. Después corrió a la habitación de Thomson. Lo primero que oyó al entrar fué:

—Aun respira.

—¡Pronto!—exclamó Luis—. Vayan en busca de un médico. Y recuérdenle que debe traer el estuche de operaciones.

Unos minutos después llegaba el médico, y celebraba con Luis una rápida consulta.

—Hay que operarle—dijo Luis.

—No lograremos nada.

—Sin embargo, le debemos operar.

—A mi entender le debemos de dejar.

—¿Que se muera?—preguntó Luis.

—Siempre es mejor que se muera que matarlo.

—Perdone, doctor, pero quiero operarlo. Yo cargaré con toda la responsabilidad.

—Siendo así...

Y Luis se quitó la americana y se apoderó del estuche de operaciones del compañero.

* * *

Ramón, que había seguido con atención los acontecimientos, se acercó a Norma.

—No llores—le dijo—. Thomson no ha muerto, y Luis parece empeñado en curarlo.

—¿Luis?—preguntó Norma, dejando al punto de llorar—. Dígale que se vaya, que aquí está en peligro.

Ramón sonrió. Había dado con la solución del problema.

—Pero a quién quieras tú, a Thomson o a Luis?

—A Luis—repuso Norma en una explosión de franqueza—. Por eso, porque le quiero, deseo alejarle de aquí.

El pianista había entrado en el cuarto de Thomson, donde Luis trabajaba afanosamente por devolverle a la vida.

—Yo que he hablado con él hace cinco minutos, no comprendo este suicidio—dijo el músico.

—¿Quién le ha dicho lo del suicidio?—repuso ingenuamente Luis—. Es que le han disparado un tiro por la espalda.

No necesitó saber más el pianista.

Examinó la habitación de arriba abajo, y cuando dió con el montante que comunicaba con el cuarto de Norma, se fué a la puerta del café, a esperar a la policía.

Cuando llegaron los agentes, se apresuró a contarles lo ocurrido, y a manifestarles sus sospechas.

Y ya iban éstos a hacer un reconocimiento en el cuarto de la amante, cuando Norma se interpuso.

—Yo se lo contará a ustedes todo.

El jefe de la brigada dió orden a sus hombres de que se detuvieran, y todos rodearon a Norma, la cual contó detalladamente todo lo que había ocurrido.

El jefe de la brigada sacó un pequeño cuaderno de notas, y después de consultarla, dijo:

—No me cabe duda de que dice usted verdad. Thomson iba a disparar sobre el joven doctor que le está curando. Thomson tiene pésimos antecedentes, y los de usted son buenos; pero nada se puede hacer. Ha matado usted a un hombre. Si se hubiera tratado de una herida únicamente, con dos visitas al juez lo hubiéramos arreglado todo, pero así...

En este momento bajó Luis acompañado del anciano doctor que había acudido a la llamada.

—Señores — dijo éste con nobleza—. Thomson no tenía remedio, pero este joven ha realizado el milagro.

—¿Y sanará?—preguntó el jefe de policía.

—Dentro de quince días

El jefe tendió la mano a Norma.

Pero Norma continuaba llorando.

Sólo Ramón comprendió por qué. Era que Luis miraba a la joven fijamente. De

súbito se abalanzó sobre ella y la asió por el cuello. Pero no tenía valor para hacerle daño y resolvió marcharse, mientras murmuraba:

—¡Me has engañado! ¡Me has engañado!

Pero Ramón, que estaba en el secreto, alcanzó a Luis y le dijo unas palabras en voz baja.



De súbito, se abalanzó sobre ella y la asió por el cuello.

Esto fué suficiente para que el joven doctor volviera, cogiera a Norma por los brazos, la obligara a levantarse, y le dijera:

—Me voy, sí; pero tú conmigo, siempre conmigo.

F I N

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selecto

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!